

Marcial sonríe pletórico en medio de miles de manifestantes que alzan su voz frente a la pasividad del gobierno frente a lo que estaba convirtiéndose en un holocausto capitalista, aunque para su gusto, también machista.

Pensaba eso porque según su parecer los valores más guerreros y bárbaros, propios del género masculino, de su gusto por la violencia, estaban imperando.

Para él, más que de una cuestión económica, se trataba de un problema moral.

El hecho de que tantas mujeres murieran asesinadas a manos de sus parejas, demostraba que la humanidad se había vuelto más cruel y sanguinaria que nunca.

El liberalismo le parecía una consecuencia de haber adoptado durante siglos leyes morales fundadas sobre la dominación masculina, la cual parecía haber llegado a su culmen tras las dos guerras mundiales.

Sin embargo no todo el mundo era así.

Él mismo, a pesar de su nombre, era sumamente pacífico, como los que ahora se encontraban protestando en la calle, no sólo en Madrid sino en muchas otras capitales españolas.

Al parecer aquella manifestación estaba convocada por una plataforma que reivindicaba el derecho al empleo, la educación y la vivienda, principalmente.

Si no recordaba mal, aquellos eran los valores defendidos por los comunistas, aunque tras la caída del muro, se había visto que todo había sido una farsa.

Incluso los americanos, cuando habían creído que al otro lado del telón de acero se propugnaban dichos valores, habían tratado de contener la codicia y el resto de pecados capitales, del capital, o del también llamado Satanás.

Pero ahora ese gran monstruo, el mal con mayúsculas, se había desatado y hacía estragos a nivel mundial.

Los hombres asesinaban a palos a las mujeres, y ellas, llenas de lujuria, se ofrecían al primero que pasaba, aún sin considerarse prostitutas a pesar de ejercer el oficio gratis. La gente se maltrataba sin piedad, como las bestias, como su padre había hecho con sus hijos y su mujer.

Pero lo peor era que ahora incluso las clases pudientes, esos que alardeaban de haber ido a la universidad, incluso los políticos de izquierdas o los sindicalistas, se veían atrapados en ese juego sucio, que consistía en adquirir el poder a base de humillar a los demás.

Los alemanes, a la cabeza de Europa, habían sido los primeros en repartir billetes a sus vecinos pobres para hacerles entrar en un perverso Monopoly con el fin de proseguir con la invasión nazi detenida por la armada americana.

Sus enormes todoterrenos, algunos de hasta doscientos mil euros, proliferaban en las calles de ciudades europeas en las que la clase media, como durante los bombardeos, perdía sus casas, su trabajo, y empezaba a pasar hambre.

Algunos países europeos, tras haber entrado en el juego de los perversos poderes financieros y perdido, como el caso de los PIGS, ahora se arrastraban suplicando ayuda.

El placer sádico de los poderosos se basaba en ello, y el gobierno español no era más que un aliado, cómplice y traidor, como el de los colaboracionistas franceses.

Pero para él, quizás por haberse mantenido siempre al margen de ese juego malvado, las cosas comenzaban a ir bien.

Brillaba el sol, y sentía que por primera vez en su vida la suerte le sonreía.

Un americano, precisamente, había venido a salvarle la vida ofreciéndole un contrato como cantautor en un restaurante.

Mónica, con la que se había encontrado en ese momento, se había puesto a dar saltos de alegría, y junto a ella sonríe pletórico de contento.